

su casa, jamás había sido tan dichoso como bajo el gobierno de César.

Respecto a los Colonna, habíanse comprometido a permanecer neutrales a cambio de haber sido repuestos en la posesión de sus castillos y ciudades de Chinazzano, Capo d'Ano, Frascati, Rocca di Papa y Nettuno, que hallaron en mejores condiciones que cuando las dejaron, pues el papa las había embellecido y fortificado.

Por lo demás, el Vaticano continuaba en poder de César, cuyas tropas, fieles a su mala fortuna, velaban alrededor del palacio, en donde él se retorció en su lecho de dolor rugiendo como un león herido. Los cardenales, por su parte, que, en vez de vigilar por los funerales del papa, en su primer terror, se habían marchado cada uno por su lado, comenzaron a reunirse unas veces en el palacio Minerva, otras en el del cardenal Caraffa. Asustados por las fuerzas con que César contaba aún, y sobre todo de que el mando de ellas se había entregado a Michelotto, reunieron todo cuanto dinero tenían para formar por su cuenta un ejército de dos mil soldados, del cual fué nombrado jefe Carlos Taneo, con el título de capitán del Sacro Colegio. Y cuando se creía que la tranquilidad estaba restablecida, súpose que Próspero Colonna llegaba del lado de Nápoles con tres mil hombres, y Fabio Orsini de Viterbo, con doscientos caballos y más de mil infantes. Su entrada en Roma sólo se llevó un día de diferencia; tan igual era el ardor que a cada uno de ellos lo llevaba a la capital.

De modo que a la sazón había en Roma cinco ejércitos frente a frente: el de César, que dominaba el Vaticano y el Borgo; el ejército del obispo Nicastro, que había recibido orden de Alejandro de guardar el castillo de Sant'Angelo, y, habiéndose encerrado allí, se negaba a entregarlo; el del Sacro Colegio, que se hallaba situado en los alrededores del palacio Minerva; el de Próspero Colonna, que estaba acampado en el Capitolio; y finalmente, el de Fabio Orsini, que se había acuartelado en la Ripetta.

Los españoles, por su parte, habían avanzado hasta Terracina, habiendo llegado los franceses hasta Nepi.

Los cardenales comprendieron que Roma estaba sobre una mina que el menor chispazo podía hacer estallar, por lo que reunieron a los embajadores del emperador de Alemania, de los reyes de Francia y de España y de la Repú-

blica de Venecia, para que elevasen la voz en nombre de sus respectivos jefes. Los embajadores, penetrados de lo urgente de la situación, comenzaron por declarar inviolable al Sacro Colegio; después, dieron orden a los Orsini, a los Colonna y al duque de Valentinois de abandonar a Roma y retirarse cada uno por su lado.

Los Orsini fueron los primeros en someterse a esta orden; el día siguiente los Colonna siguieron su ejemplo. Sólo quedaba, pues, César, el cual consentía en salir, dijo, pero antes quería imponer sus condiciones: si se le negaban, declaró que los sótanos del Vaticano estaban minados, y volaría con los que fueran a tomarlo; y como se sabía que lo que César decía era capaz de hacerlo, se trató con él.

Convínose en que el duque saldría de Roma con su ejército, su artillería y equipajes, y que, para mayor certidumbre de que no sería atacado ni molestado en las calles de Roma, el Sacro Colegio debería agregar a su tropa cuatrocientos infantes, los cuales, en caso de ser atacado o insultado, combatirían en su favor.

César prometió, por su parte, retirarse a diez millas de Roma mientras durara el cónclave, y que nada emprendería ni contra la ciudad ni contra ninguna población de los Estados Pontificios; igual promesa habían hecho Fabio Orsini y Próspero Colonna. El embajador de Venecia respondió por los Orsini, el de España por los Colonna, y el de Francia por el duque de Valentinois.

En el día y hora señalados, César hizo salir primero su artillería, formada de diez y ocho piezas, a la que acompañaban los cuatrocientos infantes del Sacro Colegio, a cada uno de los cuales regaló un ducado; detrás de la artillería iban cien carros escoltados por su vanguardia.

César Borgia salió por la puerta del Vaticano; la cama en que iba acostado estaba cubierta por un dosel escarlata y era llevada por doce de sus alabarderos; a fin de que todos pudieran verle el rostro, cuyos labios estaban de color violeta y los ojos inyectados de sangre, se apoyaba de codos sobre unos cojines; junto a él, tenía su espada desnuda, como para indicar que, débil y todo como estaba, en caso necesario sabría servirse de ella; su mejor caballo de batalla, con gualdrapas de terciopelo negro ostentando sus armas bordadas, marchaba junto a su cama, llevado

por un paje, a fin de que César pudiera montar inmediatamente en caso de ataque o de sorpresa; y a su alrededor, con las armas levantadas, marchaba su ejército, pero sin que los tambores redoblasen, ni sonaran las trompetas, lo que daba algo de profundamente lúgubre a todo aquel cortejo, el cual encontróse a la puerta de la ciudad con Próspero Colonna que, con una considerable tropa, lo esperaba.

De momento creyó César que, faltando a su palabra como él mismo con tanta frecuencia había faltado a la suya, Próspero Colonna iba a atacarle. Inmediatamente mandó hacer alto, y se aprestó a montar a caballo; pero Próspero Colonna, al ver el temor que César demostraba, se adelantó hasta su cama y le dijo que iba a ofrecérsele como escolta, pues temía para él una emboscada de Fabio Orsini, que muy decididamente había jurado vengar la muerte de su padre Pablo Orsini, o perdería en ello su honor. César dió las gracias a Colonna, pero le respondió que, desde el momento en que Orsini estaba solo, no le infundía temor. Entonces, Próspero Colonna saludó al duque y se incorporó a su tropa, la cual se dirigió hacia Albano, mientras que César se encaminaba hacia Città Castellana, que seguía siéndole fiel.

Al llegar allí encontróse César no sólo dueño de su suerte si no también árbitro de la de los demás: de los veintidós votos que tenía en el Sacro Colegio, doce le permanecían fieles, y como el cónclave componíase de treinta y siete cardenales, con sus doce votos podía hacer que la mayoría se inclinase del lado que le conviniera; a un mismo tiempo se encontró festejado por el partido francés y por el español, pues cada uno por su lado deseaba la elección de un papa de su nación. César los escuchó sin prometerles ni negarles nada, y dió sus votos a Francisco Piccolomini, cardenal de Siena, una de las hechuras de su padre, que le había conservado su amistad, el cual fué elegido papa, con el nombre de Pío III, el día 8 de octubre.

Las esperanzas no habían engañado a César: apenas elegido, Pío III le envió un salvoconducto para volver a Roma; el duque hizo su reaparición con doscientos cincuenta hombres de armas, doscientos cincuenta jinetes y ochocientos infantes, y fué a alojarse en su palacio; los soldados acamparon cerca de allí.

Mientras tanto, los Orsini, siguiendo sus proyectos de venganza contra César, procuraban enganchar, en Perusa y sus inmediaciones, toda la tropa que podían, con el fin de ir a atacarle hasta en Roma, y como creían ver que Francia, a cuyo servicio se habían puesto, guardaba ciertas consideraciones al duque por sus doce votos con los que contaba para hacer elegir en el próximo cónclave al cardenal d'Amboise, se pasaron al servicio de los españoles.

Al mismo tiempo, César hacía un nuevo convenio con Luis XII, por el cual se obligaba a apoyarle con todas sus tropas y hasta personalmente, tan pronto como pudiera montar a caballo, para sostener su conquista de Nápoles; el rey de Francia, por su parte, garantizaba la posesión de los Estados que el duque conservaba aún, y le prometía su apoyo, para recobrar los perdidos.

En cuanto ese tratado fué conocido, Gonzalo de Córdoba hizo publicar un bando por las calles de Roma, ordenando a todo súbdito del rey de España, que sirviera en un ejército extranjero, a que rompiera su enganche inmediatamente, bajo pena de ser tratado como reo de alta traición.

Esta medida restó al duque de Valentinois diez o doce de sus mejores oficiales y unos trescientos soldados.

Al ver de este modo reducidas las tropas de César, los Orsini entraron en Roma, apoyados por el embajador de España, y citaron al duque ante el Sacro Colegio, para que diera allí cuenta de sus crímenes.

Fiel a sus compromisos, el nuevo papa respondió que, en cuanto a su administración temporal, César, en su calidad de príncipe soberano, únicamente dependía de sí mismo y sólo a Dios debía dar cuenta de sus acciones.

Pero como este papa comprendía que, a pesar de su buena voluntad, tal vez no podía proteger al duque de Valentinois contra todos sus enemigos, aconsejóle que procurase incorporarse al ejército francés que seguía avanzando hacia Nápoles, pues solamente a su lado estaría seguro. César resolvió retirarse a Bracciano, en donde Juan Giordano Orsini, el único que no se había declarado contra él, le ofrecía un asilo en nombre del cardenal d'Amboise, por lo que una mañana dió orden a sus tropas de ponerse

en marcha para dicha ciudad, y colocándose en medio de ellas, salió de Roma.

Sin embargo, los Orsini, no obstante haber mantenido callado César su designio, recibieron aviso, y, habiendo hecho salir desde la víspera por la puerta de San Pancraci todas las tropas de que podían disponer, habían cortado el camino al duque de Valentinois; de modo que cuando éste llegó a la Storta encontró al ejército de los Orsini formado en batalla y esperándolo con fuerzas superiores; en una mitad por lo menos, a las suyas.

César comprendió que, estando débil todavía, el trabar combate era precipitarse a una derrota; así, pues, ordenó la retirada a sus tropas, y, como era un estratega excelente, escalonó con tanta habilidad su retirada que aunque sus enemigos lo siguieron no se atrevieron a atacarlo, y volvió a entrar en la ciudad pontificia sin haber perdido un solo hombre.

César se alojó esta vez en el mismo Vaticano, para así estar más directamente bajo la protección del papa, y distribuyó sus soldados alrededor del palacio, de modo que guardaran todas las salidas.

Los Orsini, que querían acabar de una vez con César, habían resuelto atacarle donde quiera que estuviese y sin respeto a la santidad del lugar: así lo intentaron, pero sin éxito, pues las tropas de César supieron defenderlo.

Entonces, como los Orsini no habían logrado forzar las puertas del castillo de Sant'Angelo, confiaron en que podrían apoderarse del duque con menos trabajo cuando saliese de Roma, atacándolo por la puerta Torione; pero, como ese movimiento había sido previsto por César, sus enemigos encontraron la puerta defendida con barricadas y una guardia. No por eso renunciaron a sus designios, y confiaron a un ataque abierto la venganza que pensaban obtener por medio de un ardid; de modo que, después de haber sorprendido la guardia de una de las puertas, le prendieron fuego y abierto este paso, penetraron en los jardines del castillo, en donde César los esperaba al frente de su caballería.

El peligro había devuelto al duque todas sus fuerzas; así, pues, él fué el primero que se lanzó sobre sus enemigos, llamando a Orsini a grandes voces, para concluir con él si lo encontraba; pero o no lo oyó o no quiso pelear con él.

Después de una encarnizada lucha, César, cuyas tropas eran más escasas que las de su enemigo, vió hecha pedazos su caballería, y, después de haber realizado verdaderos prodigios de fuerza y de valor, tuvo que regresar al Vaticano.

Allí encontró a Pío III agonizando: cansados de luchar contra la palabra que el anciano había dado al duque de Valentinois, los Orsini, valiéndose de Pandolfo Petrucci, habían comprado al cirujano del papa, el cual puso sobre una llaga que éste tenía en una pierna; un emplasto envenenado.

Pío III se encontraba, pues, en sus últimos momentos cuando César, completamente cubierto de polvo y de sangre, entró en la cámara, perseguido por sus enemigos, los cuales se detuvieron ante los muros del palacio, defendidos todavía por los restos de la gente del duque.

El papa, que comprendía que iba a morir, recostóse sobre su cama, entregó a César la llave del corredor que conducía al castillo de Sant'Angelo, ordenando al gobernador que lo recibiera, a él y a su familia, defendiéndolo hasta el último extremo y dejándolo salir cuando él lo estimara conveniente; luego, cayó desvanecido sobre la cama.

César, llevando de la mano a sus dos hijas y, seguido por los duquesitos de Sermoneta y de Nepi, refugióse en el último asilo abierto para él.

Aquella misma noche murió Pío III; su reinado sólo fué de veintidós días.

Apenas acabado de expirar el pontífice y próximamente a las dos de la madrugada, César, que se había echado en la cama sin desnudarse, oyó abrir la puerta de su cámara; y como no sabía lo que podían buscar en su cuarto a hora semejante, incorporóse sobre un brazo buscando con el otro la empuñadura de su espada; pero pronto reconoció a su nocturno visitante; era Julián de la Rovère.

Completamente quemado por el veneno, abandonado del todo por sus soldados, caído en absoluto desde la cima de su poderío, César, que nada podía en su propio favor, tenía aún influencia para hacer nombrar un papa: Julián de la Rovère iba a comprarle los votos de sus doce cardenales.

César presentó sus condiciones, las cuales fueron aceptadas.

Así que fuera elegido, Julián ayudaría a César a recuperar sus Estados de la Romaña; César seguiría siendo general de la Iglesia, y, finalmente, Francisco María de la Rovère, prefecto de Roma, se casaría con una de las hijas de César.

Bajo estas condiciones, el duque vendió sus doce cardenales a Julián.

A petición de Julián de la Rovère, el día siguiente ordenó el Sacro Colegio a los Orsini que se alejaran de Roma mientras el cónclave estuviera reunido.

El 31 de octubre de 1503, resultó elegido papa, en el primer escrutinio, Julián de la Rovère, el cual adoptó el nombre de Julio II.

En cuanto se hubo instalado en el Vaticano, su primer cuidado fué llamar a César, al cual devolvió su alojamiento en el palacio, y, como el duque se hallaba ya en plena convalecencia, comenzaron entonces a arreglar sus asuntos, que desde hacía algún tiempo se habían empeorado bastante.

Al saberse la derrota de su ejército y su entrada en el castillo de Sant'Angelo, donde se le suponía preso, produjéronse grandes cambios en la Romaña. Ceseno habíase puesto nuevamente bajo el poder de la Iglesia, de la que en otro tiempo había dependido; Juan Sforza se hallaba otra vez en Pésaro; Forli había caído en poder de Ordelafi; Rímini era reclamada por Malatesta; los habitantes de Imola, después de asesinar al gobernador, habíanse dividido en dos bandos: uno que quería entregar el poder a los Riario, y otro que deseaba darlo a la Iglesia. Faenza, que era la ciudad que más tiempo se había mantenido fiel, como perdía la esperanza de ver recobrar su poder a César, había llamado al hijo natural de Galeotto Manfredi, Francisco, que era el único que quedaba de aquella infeliz familia, cuyos legítimos descendientes habían sido exterminados por orden del duque.

Debe recordarse, sin embargo, que las fortalezas de esas diversas ciudades no se habían mezclado en aquellas revoluciones y continuaron inmutablemente fieles a César Borgia.

Así, pues, lo que inquietaba a César y a Julio II no

era precisamente la defección de esas ciudades, que, gracias a sus fortalezas, podían ser conquistadas, sino las miras que sobre ellas tenía Venecia.

En efecto, en la primavera de aquel mismo año, Venecia había firmado la paz con los turcos; de modo que, libre ya de su eterno enemigo, acababa de llevar sus tropas hacia la Romaña, que siempre había codiciado; sus tropas caminaban hacia Rávena última plaza de aquellos Estados, y las mandaba Jacobo Venieri, al que no le faltó mucho para apoderarse de Ceseno por sorpresa y sólo fracasó por el valor de aquel vecindario; pero este contraste fué bien pronto compensado con la rendición de las fortalezas del valle de Lamone, y de Faenza, la toma de Forlimpopoli y la entrega de Rímini, que fué cambiada por su señor Pandolfo Malatesta por el señorío de Citadella, en el Estado de Padua, y la jerarquía de gentilhombre veneciano.

Entonces César propuso a Julio II ceder momentáneamente a la Iglesia sus Estados de la Romaña, a fin de que el respeto que los venecianos tenían a la jurisdicción pontificia salvara de sus empresas a esas ciudades; pero, según Guicciardini, Julio II, en quien la ambición no había ahogado aún lo que le quedaba de probidad, negóse a recibir las plazas, por temor de exponerse a la tentación de conservarlas más adelante en su poder, contra lo que prometiera.

Pero, dado lo apremiante de las circunstancias, Julio II propuso a César que saliera de Roma, se embarcara en Ostia y fuera por mar a la Spezzia, donde debía ser recibido por Michelotto, al frente de cien hombres de armas y cien de caballería ligera, únicos restos de su magnífico ejército, y de allá ir por tierra a Ferrara, y de Ferrara a Imola, donde, una vez llegado, lanzaría su grito de guerra bien alto, para que fuese oído en toda la Romaña.

Este consejo, que se acomodaba a su modo de ser, fué aceptado por César en el mismo instante.

Sometióse esta resolución al Sacro Colegio, el cual la aprobó, y César partió para Ostia acompañado por Bartolomé de la Rovère, sobrino de Su Santidad.

César creíase al fin libre y ya se veía montado en su buen caballo de batalla, llevando nuevamente la guerra a todos aquellos sitios donde ya había combatido, cuando, al llegar a Ostia, fué alcanzado por los cardenales de So-

rrento y de Volterra, los cuales, en nombre de Julio II, iban a pedirle que le entregara aquellas mismas ciudadelas que tres días antes no quiso aceptar; y es que, en el intervalo, el papa había sabido que los venecianos acababan de hacer nuevas invasiones, y reconocía que el único medio que podía detenerlos, era el que César había propuesto.

Pero entonces fué César quien se negó a ello, inquieto por aquellas tergiversaciones y temiendo ocultaran algún lazo; en consecuencia, declaró que la cesión que Julio II le pedía, era inútil, puesto que con la ayuda de Dios, antes de ocho días estaría en la Romaña. Los cardenales de Sorrento y de Volterra regresaron, pues, a Roma con una negativa.

A la mañana del día siguiente, en el momento en que César iba a embarcar, fué preso en nombre de Julio II.

De momento, creyó que todo había concluído para él; estaba acostumbrado a sus propias mañas, y sabía que la distancia entre la prisión y la tumba era muy corta; la cosa era tanto más fácil respecto a él cuanto que, indudablemente, no le hubieran faltado pretextos al papa, si hubiese querido, para formarle proceso. Mas el corazón de Julio II no era del mismo temple que el suyo, y aunque se encolerizaba fácilmente, se abría a la clemencia; de suerte que en el momento en que César regresó a Roma, en medio de sus guardianes, la irritación momentánea que la negativa había causado a Julio II, ya se había calmado, y el duque fué recibido por el papa en su palacio y con sus mismas maneras y su cortesía acostumbrada, aunque desde el mismo día observó que tenía centinela de vista. A cambio de esta buena acogida, César consintió en ceder al papa la fortaleza de Ceseno por corresponder a una ciudad que habiendo pertenecido a la Iglesia, a poder de ella volvía. Al entregar el acta correspondiente, firmada por César, a uno de sus capitanes, llamado Pedro de Oviedo, el papa le ordenó que en nombre de la Santa Sede fuera a posesionarse de aquella fortaleza. Pedro de Oviedo marchó inmediatamente a cumplir la orden recibida, y al llegar a Ceseno presentó provisto de su acta ante don Diego Quiñones, noble aventurero español, que mandaba la fortaleza en nombre del duque de Valentinois. Pero, después de haber leído el documento que Pedro de Oviedo le presentaba, don Diego Quiñones, respondió que,

como sabía que su amo y señor estaba preso, sería infame obedecer a una orden arrancada probablemente por la violencia, y que, en cuanto al que la había llevado, merecía la muerte por haberse encargado de tan cobarde misión: en consecuencia, mandó a sus soldados que se apoderasen de Oviedo y lo arrojasen desde lo alto de las murallas al foso, orden que al punto fué ejecutada.

Aquel rasgo de fidelidad estuvo a punto de ser fatal a César. Al enterarse Julio II del modo cómo su mensajero había sido tratado, se encolerizó tanto, que, por segunda vez, César se creyó perdido; de suerte que, para recobrar la libertad; propuso él mismo nuevas condiciones a Julio II, las cuales fueron consignadas en un tratado y se validaron por una bula. Según ese tratado, César debía hacer entrega a Su Santidad, en el término de cuarenta días, de las fortalezas de Ceseno y de Bertinoro, así como franquearle las puertas en Forli: todo con la garantía de dos banqueros de Roma, los cuales habían de responder de la suma de quince mil ducados, importe de los gastos que, según el gobernador, habían sido hechos en la plaza por cuenta del duque.

Julio II obligábase, por su parte, a hacer llevar a Ostia al duque de Valentinois bajo la sola guarda del cardenal de Santa Croce, y de dos oficiales, los cuales le devolverían su libertad el mismo día en que cumpliera sus compromisos: de lo contrario, César sería conducido nuevamente a Roma y encerrado como preso en el castillo de Sant'Angelo.

En cumplimiento de este tratado, César bajó por el Tíber hasta Ostia, acompañado por el tesorero del papa y muchos de sus servidores: el mismo día, no obstante haber salido después de él, se le incorporó el cardenal de Santa Croce.

Como César Borgia temía que después de haber entregado las fortalezas, Julio II, a pesar de la palabra dada, lo guardase preso, hizo pedir a Gonzalo de Córdoba, valiéndose de los cardenales Borgia y Remolino que, no creyéndose seguros en Roma, se habían retirado a Nápoles, un salvoconducto y dos galeras para ir a reunirse con él; el salvoconducto llegó a vuelta de correo, y anunciaba que las galeras no tardarían en llegar.

Mientras tanto, habiéndose enterado el cardenal de